

que Saccard se había negado á pagar los cuatro mil francos, ella no descansaba, tratando de buscar la manera cómo podría explotar todavía el negocio; y acababa simplemente de saber la historia, en el boulevard Bineau, á donde iba amenudo con la esperanza de algún incidente aprovechable. Debía tener formado su plan, pues declaró á Carolina que iba á ponerse inmediatamente en busca de Víctor. Era demasiado terrible abandonar así á aquel desgraciado niño á sus malos instintos, había que recogerlo si no se le quería ver cualquier día ante un tribunal. Y, mientras que hablaba, sus ojos, perdidos entre la grasa de su rostro, examinaban á la buena señora, contenta al notarla trastornada, diciéndose que el día en que encontrara al muchacho, sacaría de ella napoleones.

— De modo, señora, que es cosa convenida, voy á ocuparme en ello. En el caso en que queráis saber noticias, no os toméis el trabajo de correr hasta la calle Mercadet, subid sencillamente á la casa del señor Busch, calle de Feydeau, donde me encontraréis con seguridad todas las tardes, á las cuatro.

Carolina volvió á la calle de San Lázaro con una nueva ansiedad en el corazón. Era cierto, aquel monstruo, abandonado por el mundo, errante y perseguido, ¿qué herencia del mal iba á saciar á través de las multitudes, como un lobo hambriento? Almorzó rápidamente, tomó un coche, pues tenía tiempo de pasar por el boulevard

Bineau, antes de ir á la Conserjería, y ardía en deseos de tener noticias en seguida. Ya en camino, en el trastorno de su fiebre, una idea se apoderó de ella, y la dominó: ir antes á casa Máximo, llevarlo á la Obra del Trabajo, obligarlo á ocuparse de Víctor, de quien era hermano, después de todo. Sólo él era rico, sólo él podía intervenir, ocuparse del asunto de un modo eficaz.

Peró, en la Avenida de la Emperatriz, desde el vestibulo del lujoso hotelito, Carolina se quedó helada; al ver tapiceros quitando cortinajes y alfombras, criados poniendo fundas á las sillerías y á las arañas, mientras que de todas las preciosidades, en desorden sobre los muebles, sobre las *étagères*, exhalábase un perfume expirante, así como de un *bouquet* arrojado al día siguiente de un baile. Y, en el fondo de la alcoba, encontró á Máximo, entre dos enormes baules que el ayuda de cámara acababa de llenar con todo un maravilloso *trousseau*, rico y delicado como para una novia.

Al verla, él fué quien habló el primero, muy frío, con voz seca:

— ¡Ah, sois vos! Venís á tiempo; esto me evitará escribiros. Estoy harto y me marchó.

— ¿Cómo, os marcháis?

— Sí, me marchó esta noche, voy á instalarme en Nápoles, donde pasará el invierno.

Luego, cuando con un gesto hubo despedido al ayuda de cámara, añadió:

— ¡Si creéis que me divierte tener hace seis

meses un padre en la Conserjería! Ciertamente no voy á quedarme para verlo ante el tribunal. ¡Yo que detesto los viajes! En fin, aquel es buen clima, llevo aproximadamente lo necesario, y acaso no me aburriré allá.

— Carolina lo miraba tan correcto, tan lindo, en su feroz eguismo; miraba los banes desbordantes, de los que no salía ni un lazo de esposa ni de querida, donde no se veía más que el culto de sí mismo; y se atrevió, sin embargo, á arriesgarse.

— ¡Y yo que venía otra vez á pedir un favor! Y contó la historia: Victor bandido, violando y robando, Victor fugado, capaz de todos los crímenes.

— No podemos abandonarlo. Acompañadme, unamos nuestros esfuerzos. El no la dejó acabar, livido, acometido de un temblorcillo de miedo, como si hubiera sentido posarse sobre su hombro alguna mano violenta y sucia.

— ¡Está bien! ¡No faltaba más que eso!... Un padre ladrón, un hermano asesino... He tardado demasiado, quería marcharme la semana pasada. ¡Pero es abominable, abominable, poner á un hombre como yo en una situación parecida! Y como ella insistiese, se hizo insolente. — ¡Dejadme tranquilo! Puesto que os divierte esta vida de disgustos, seguid en ella. Yo os había prevenido, y si ahora lloráis os está bien empleado... Por mi parte, mirad, antes que

dar uno de mis cabellos, barrería al arroyo toda esa gentuza. Carolina se había levantado. — ¡Entonces, adiós!

— ¡Adiós! Y al retirarse, lo vió que llamaba la ayuda de cámara y que presenciaba el cuidadoso embalaje de su *nécessaire* de tocador, un *nécessaire* cuyas piezas, todas de plata sobredorada, eran del más gracioso trabajo; sobre todo la naveta que tenía grabada una ronda de Amores. Mientras que éste se iba á vivir en el olvido y en la pereza, bajo el claro sol de Nápoles, ella tuvo bruscamente la visión del otro, vagabundeando una noche oscura y fría, hambriento, con un puñal en la mano, por cualquier calleuela apartada de la Vilette ó de Charonne. ¿No era esta la respuesta á aquella pregunta de si será el dinero la educación, la salud, la inteligencia? Pues que el mismo barro humano hay debajo ¿no se reducirá toda la civilización á esta superioridad de oler bien y de vivir bien?

— Cuando llegó á la Obra del Trabajo, Carolina experimentó un singular sentimiento de indignación contra el enorme lujo del establecimiento. ¿Para qué aquellas dos majestuosas salas, el departamento de los niños y el departamento de las niñas, unidas por el pabellón monumental de la administración? ¿Para qué los patios grandes como parques, los azulejos de las cocinas, los mármoles de los refectorios, las escaleras, los

corredores, vastos para servir un palacio? ¿Para qué toda aquella caridad grandiosa, si no se podía, en aquel medio amplio y salubre, corregir á un ser viciado, hacer de un niño pervertido un hombre sano, que tiene la rectitud de razón de la salud? Inmediatamente se dirigió al director, le hizo mil preguntas, quiso conocer los menores detalles. Pero el drama seguía obscuro, y él no pudo hacer otra cosa que repetirle lo que ella sabía ya por la princesa. Desde la víspera habían continuado las investigaciones en la casa y en los alrededores, sin producir el menor resultado. Víctor estaba ya lejos, galopaba allá por la villa, en el fondo del espantoso desconocido. No debía tener dinero, porque el portamonedas de Alicia, que había vaciado, no contenía más que tres francos y cuatro sueldos. El director había, por lo demás, evitado mezclar á la policía en el asunto, para ahorrar á las pobres señoras de Beauvilliers el escándalo público; y Carolina le dió las gracias y prometió que ella tampoco daría ningún paso en la prefectura, á pesar de su ardiente deseo de saber. Luego, desesperada por marcharse de allí tan ignorante como había ido, tuvo la idea de subir á la enfermería para preguntar á las hermanas. Pero tampoco obtuvo ninguna noticia precisa, y no gustó, allá arriba, en la tranquila pieza que separaba el dormitorio de los niños del de las niñas, más que algunos minutos de profunda calma. Subía un alegre estrépito, era la hora del recreo, y se sin-

tió injusta para las felices curaciones obtenidas por el aire libre, el bienestar y el trabajo. Ciertamente, allí crecían hombres sanos y fuertes. Un bandido por cuatro ó cinco medianos honrados; ¡qué hermoso sería todavía esto, en los azares que agravan ó que aminoran los vicios hereditarios!

Y Carolina, dejada sola un instante por la hermana de servicio, se aproximaba á la ventana, para tener el consuelo de ver jugar á los niños abajo, cuando la atraieron cristalinas voces de niñas en la enfermería vecina. La puerta estaba entreabierta, y pudo presenciar la escena sin ser notada. Era una pieza muy alegre, aquella enfermería blanca, de blancas paredes, con las cuatro camas colgadas de blanco. Una ancha franja de sol doraba aquella blancura, toda una florescencia de azucenas en medio del aire templado. En la primera cama de la izquierda reconoció en seguida á Magdalena, la niña que estaba ya allí, convaleciente, comiendo tartinas de confitura, el día en que ella había traído á Víctor. Siempre estaba enferma, devastada por el alcoholismo de su raza, tan pobre de sangre, que con sus grandes ojos de mujer hecha, era diáfana y blanca como una santa de vidriera. Tenía trece años y estaba ya sola en el mundo: había muerto su madre, una noche de borrachera, de un puntapié en el vientre que le había largado un hombre por no darle los seis sueldos que habían convenido. Y estaba allí, con su larga camisa blanca, arrodillada en medio de su cama,

con sus rubios cabellos sueltos sobre los hombros, enseñando una oración á tres niñas que ocupaban las otras tres camas.

—Juntad vuestras manos así, abrid del todo vuestro corazón.

Las tres niñas estaban también arrodilladas en sus camas. Dos tenían de ocho á diez años, la tercera no llegaba á cinco. Con sus largas camisas blancas, sus débiles manos juntas, y sus rostros serios y extáticos, se las habría tomado por angelitos.

—Y vais á repetir conmigo lo que voy á decir. Escuchad bien. ¡Dios mío! haced que el señor Saccard sea recompensado por su bondad, que viva muchos años y que sea dichoso.

Y con voces de querubín, con un ceceo de una adorable torpeza de infancia, las cuatro niñas repitieron juntas, en un arranque de fe en el que habían puesto todo su ser puro.

—¡Dios mío! haced que el señor Saccard sea recompensado por su bondad, que viva muchos años y que sea dichoso.

Con un movimiento arrebatado, Carolina iba á entrar en la pieza á hacer callar á las niñas, á prohibirlas lo que ella miraba como un juego blasfemo y druel. ¡No, no! ¡Saccard no tenía el derecho de ser amado, y era marchar la infancia dejarla rogar por su dicha! Pero la detuvo un gran estremecimiento, las lágrimas acudían á sus ojos. ¿Por qué había de comunicar sus quejas, la cólera de su experiencia, á aquellos ino-

centes seres que aún no sabían nada de la vida? ¿Es que Saccard no había sido bueno para ellos, él que era en parte el creador de aquella casa, que les enviaba juguetes todos los meses? Sentía hondamente turbada, el encontrar aquella prueba de que no hay ningún hombre condenable que, en medio de todo el mal que haya podido hacer, no haya hecho mucho bien. Y se fué, mientras que las niñas repetían sus plegarias, llevando en sus oídos aquellas voces angélicas que llamaban las bendiciones del cielo sobre el hombre de inconsciencia y de catástrofe, cuyas locas manos acababan de arruinar un mundo.

Cuando dejaba al fin su fiacre, en el boulevard del Palacio, delante de la Conserjería, advirtió que, en su emoción, había olvidado, en su casa, el ramo de claveles que había preparado aquella mañana para su hermano. Había allí una vendedora de ramitos de rosas de dos sueldos, y tomó uno, é hizo sonreír á Hamelin, que adoraba las flores, cuando le contó su aturdimiento. Aquel día, sin embargo, lo encontró triste. Al principio durante las primeras semanas de su prisión, no había podido creer que hubiera cargos serios contra él. Su defensa le parecía muy sencilla: no se le había nombrado presidente sino contra su gusto, y como había permanecido apartado de todas las operaciones financieras, casi siempre ausente de París, no pudo ejercer ninguna intervención. Pero las conversaciones

con su abogado, los pasos que daba Carolina y de los cuales le contaba la fatiga inútil, le habían hecho entrever en seguida las espantosas responsabilidades que pesaban sobre él. Iba á ser solidario de las menores ilegalidades cometidas, jamás se admitiría que ignorase ni una sola, Saccard lo arrastraba en una deshonrosa complicidad. Y entonces fué cuando debió á su fe sencilla de católico practicante una resignación, una tranquilidad de alma, que asombraban á su hermana. Cuando ella llegaba de fuera, de sus correrías ansiosas, de aquella humanidad en libertad tan turbada y tan dura, quedaba impresionada al verlo tranquilo, sonriente, en su desnuda celda, donde había, como niño piadoso, clavado cuatro estampas religiosas, chillonamente iluminadas, alrededor de un pequeño crucifijo de madera negra. Desde que uno se pone en manos de Dios, ya no hay protesta; todo sufrimiento inmerecido es una prenda de salvación. Su única tristeza, á veces, venía de la suspensión desastrosa de sus grandes trabajos. ¿Quién reanudaría su obra? ¿Quién continuaría la resurrección del Oriente, tan felizmente comenzada por la Compañía general de Vapores reunidos y por la Sociedad de las minas de plata del Carmelo? ¿Quién construiría la red de líneas férreas, de Brusa á Beirut y á Damasco, de Esmirna á Trébisonda, toda aquella circulación de sangre joven en las venas del viejo mundo? Allí, por lo demás, aho-

ra, creía él y lo decía, la obra emprendida no podía morir, y no experimentaba más que el dolor de no ser el elegido él por el cielo para ejecutarla. Sobre todo, su voz se conmovía cuando trataba de averiguar en castigo de qué falta no le había permitido Dios realizar el gran banco católico destinado á trasformar la sociedad moderna, aquel Tesoro del Santo Sepulcro que daría un reino al Papa y que acabaría por hacer una sola nación de todos los pueblos, arrebatando á los judíos el poder soberano del dinero. El predecía también aquel banco, inevitable, invencible; y anunciaba al Justo de manos puras que lo fundaría un día. Y si, aquella tarde estaba pensativo, esto debía ser sencillamente porque, en su serenidad de acusado de quien se iba á hacer un culpable, había pensado que, jamás, al salir de la prisión, tendría ya las manos bastante limpias para volver á emprender el gran trabajo.

Escuchó distraído á su hermana explicarle que, en los periódicos, la opinión parecía que le iba siendo algo más favorable. Después, sin transición, mirándola fijamente con sus ojos de durmiente despertado, preguntó:

—¿Por qué rehusas verlo?

Carolina se estremeció, comprendiendo perfectamente que le hablaba de Saccard. Con un movimiento de cabeza contestó que no y que no. Entonces él se decidió, y confuso, en voz baja, le dijo:

—Después de lo que ha sido para tí, no puedes negarte. ¡Ve á verlo!

¡Dios mío, su hermano sabía!..... Sintióse invadida de un ardiente rubor, y se arrojó en sus brazos para ocultar su rostro; y balbuceaba, le preguntaba quién había podido decirle, cómo sabía aquella cosa que ella creía ignorada, ignorada de él sobre todo.

—Mi pobre Carolina, hace ya mucho tiempo.... Cartas anónimas, villanas gentes que nos tenían envidia..... Jamás te he hablado de ello, tú eras libre, no pensamos del mismo modo... Yo sé que eres la mejor mujer de la tierra. Ve á verlo.

Y, alegremente, recobrando su sonrisa, volvió á coger el ramito de rosas que había colocado ya detrás del crucifijo, y se lo puso otra vez en las manos, añadiendo:

—¡Toma! Llévale esto y dile que yo no le aborrezco tampoco.

Carolina, trastornada por aquella ternura tan piadosa de su hermano, en la terrible vergüenza y el delicioso consuelo que experimentaba á la vez, no resistió ya. Por lo demás, desde por la mañana se le imponía la sorda necesidad de ver á Saccard. ¿Podía dejar de advertirle de la fuga de Víctor, de la atroz aventura que aún la estremecía? Hacía tiempo que él la había hecho inscribir entre las personas que deseaba recibir; y no tuvo más que decir su nombre, y un guardián la condujo inmediatamente á la celda del prisionero.

Cuando entró, Saccard volvía la espalda á la puerta, sentado delante de una mesita, donde cubría de números una hoja de papel.

Levantóse vivamente con una exclamación de alegría.

—¡Vos!..... ¡Oh, qué buena sois, cuán dichoso me hacéis!

Le había cogido una mano entre las suyas, y ella sonreía con aire embarazado, muy conmovida, no encontrando la frase que habría sido necesario decir. Luego, con la mano que le quedaba libre, puso el ramito de dos sueldos sobre los papeles llenos de números que cubrían la mesa.

—¡Sois un ángel!—murmuró Saccard, encantado, besándole las manos.

Carolina habló al fin.

—Es verdad, era cosa concluída, yo os había condenado en mi corazón. Pero mi hermano ha querido que venga.....

—¡No, no, no digáis eso! Decid que sois demasiado inteligente, que sois demasiado buena, y que habéis comprendido, y que me perdonáis.....

Ella le interrumpió con un gesto.

—Os lo ruego, no me pidáis tanto. Ni yo misma sé..... ¿No os basta que haya venido?..... Y además, tengo que comunicaros una cosa muy triste.

Entonces, de un tirón, á media voz, contóle el salva e despertar de Víctor, su atentado sobre

la señorita de Beauvilliers, su fuga extraordinaria, inexplicable, la inutilidad hasta aquel momento de todas las pesquisas, la poca esperanza que había de encontrarlo. Él la escuchaba, sobrecogido, sin una pregunta, sin un gesto; y, cuando ella se calló, dos gruesas lágrimas brotaron de sus ojos y rodaron por sus mejillas mientras que balbuceaba:

—¡El desdichado!..... ¡El desdichado!.....

Jamás lo había visto ella llorar. Y quedó profundamente conmovida y asombrada; de tal modo aquellas lágrimas de Saccard eran singulares, turbias y pesadas, venidas de lejos, de un corazón endurecido, manchado por años de brigandaje. Por lo demás, él en seguida se desesperó ruidosamente.

—Pero eso es espantoso, ni siquiera he abrazado a ese niño..... Porque vos sabéis que no lo he visto. ¡Dios mío! sí, yo me había jurado ir a verlo, y no he tenido tiempo, ni una hora libre, con estos malditos negocios que me devoran..... ¡Ah! siempre sucede lo mismo: cuando no se hace una cosa en seguida, se está cierto de no hacerla jamás..... ¿Y, ahora, estáis segura de que no puedo verlo? Me lo traerían aquí.

Ella movió la cabeza.

—¿Quién sabe dónde estará, a estas horas, en lo desconocido de este terrible París?

Por un instante todavía, se paseó Saccard violentamente, soltando trozos de frases.

—Me encuentran ese niño, y ¡ea! lo pierdo.....

Jamás lo veré..... ¡Mirad! Es que no tengo suerte, ¡no, ninguna suerte!..... ¡Oh, Dios mío! Es la misma historia que con el Universal.

Había vuelto a sentarse delante de la mesa, y Carolina tomó una silla enfrente de él. Revolviendo los papeles, todo el voluminoso legajo que preparaba hacia meses, emprendió la historia del proceso y la exposición de sus medios de defensa, como si hubiera sentido la necesidad de mostrarse inocente ante ella. La acusación le reprochaba: el capital sin cesar aumentado para excitar los precios y hacer creer que la sociedad poseía en toda integridad sus fondos; la simulación de suscripciones y de entregas no efectuadas, gracias a las cuentas de Sabatani y de los demás testaferros, que pagaban solamente con comedias de escrituras; la distribución de dividendos ficticios, en forma de liberación de títulos antiguos; en fin, la compra por la sociedad de sus propias acciones, toda una desenfundada especulación que había producido el alza extraordinaria y artificial, de que había muerto la sociedad, agotada de oro. A esto contestaba él con explicaciones abundantes, apasionadas: había hecho lo que hace todo director de Banco, sólo que lo había hecho en grande, con la franqueza de hombre fuerte. Si se procediera con lógica debían estar encerrados como él todos los jefes de las casas más sólidas de París. Se le hacía la víctima expiatoria de las ilegalidades de todos. Por otra parte, ¡qué extraña manera de

apreciar las responsabilidades! ¿Por qué no se perseguía también á los administradores, los Daigremont, los Huret, los Bohain, que además de sus cincuenta mil francos de dietas, cobraban el diez por ciento de los beneficios, y que habían pescado en todas las aguas revueltas? ¿Por qué también la completa impunidad de que gozaban los comisarios censores, Lavigniere entre ellos, que estaban libres por alegar su incapacidad y su buena fe? Evidentemente, este proceso iba á ser la más monstruosa de las iniquidades, pues se debía haber hecho caso omiso de la demanda por estafa de Busch, porque alegaba hechos no probados; y el informe del perito, después de un primer examen de los libros, acaba de ser reconocido como lleno de errores. ¿Por qué, entonces, la quiebra, declarada de oficio á consecuencia de aquellas dos piezas, cuando no había sido malversado ni un sueldo de los depósitos, y cuando todos los clientes debían volver á tomar sus fondos? ¿Es que se quería arruinar únicamente á los accionistas? En este caso, se había conseguido lo que se quería, el desastre se agravaba, se ensanchaba sin límites. Y de esto no se acusaba él, acusaba á la magistratura, al gobierno, á todos los que se habían conjurado para suprimirlo, para matar el Universal.

—¡Ah, si los miserables me hubieran dejado libre, ya habríais visto, ya habríais visto!

Carolina lo miraba, asombrada de su inconsciencia, que llegaba á una verdadera grandeza.

Recordaba sus teorías de otras veces: la necesidad del juego en las grandes empresas, en que toda remuneración justa es imposible, la especulación considerada como el exceso humano, el abono necesario, el estercolero donde brota el progreso. ¿No era él quien, con sus manos sin escrúpulos, había caldeado la enorme máquina locamente, hasta hacerla saltar en pedazos, hiriendo á todos los que arrastraba con ella? ¿No era él quien había querido aquel precio de tres mil francos, de una exageración insensata, imbecil? Una sociedad con capital de ciento cincuenta millones, y cuyos trescientos mil títulos, cotizados á tres mil francos, representan noventa millones: ¿se podía justificar esto, no había allí un peligro espantoso en la distribución del colosal dividendo que semejante suma empeñada exigía, al simple interés de cinco por ciento?

Saccard se había levantado, iba y venía por la estrecha pieza, con un paso nervioso de gran conquistador enjaulado.

—¡Ah, bien sabían los miserables lo que se hacían encerrándome aquí..... Yo iba á triunfar, á aplastarlos á todos.

Carolina hizo un movimiento de sorpresa y de protesta.

—¿Cómo triunfar? ¡Pero si no teníais ni un sueldo, si estabais vencido!

—Evidentemente—contestó él con amargura—yo estaba vencido, soy un canalla.... La honradez, la gloria, no son más que el éxito. No

hay que dejarse derrotar, de otro modo no se es al día siguiente más que un imbécil y un tunante.... ¡Oh! adivino bien lo que se puede decir, no tenéis necesidad de repetírmelo. ¿No es esto? Se me trata corrientemente de ladrón, se me acusa de haberme metido en los bolsillos todos esos millones, si me cogieran me ahogarian; y, lo que es peor, hay quien se encoge de hombros con lástima teniéndome por un simple loco, por una pobre inteligencia.... Pero si hubiera triunfado, ¿imagináis lo que dirían? Sí, si hubiera abatido a Gundermann y conquistado el mercado, si á estas horas fuera el rey indiscutido del oro, ¿eh? ¡qué triunfo! Sería un héroe, tendría París á mis pies.

Ella le hizo frente, diciéndole con franqueza:—No teníais con vos ni la justicia ni la lógica, y no podíais triunfar.

El se había detenido ante ella con un movimiento brusco, y contestó con arrebatos:

—¡Que no podía triunfar! ¡Vaya, pues! Que me ha faltado el dinero! he aquí todo. Si Napoleón, el día de Waterloo, hubiera tenido cien mil hombres más que hacer matar, habría vencido, y la faz del mundo hubiera cambiado. Si yo hubiera podido sacrificar los pocos centenares de millones necesarios, á estas horas sería el amo del mundo.

—¡Pero eso es espantoso!—exclamó ella indignada.—¿Cómo? ¡Os parece que no ha habido bastantes ruínas, bastantes lágrimas, bastante

sangre! ¡Necesitaríais aún más desastres, más familias despojadas, más desdichados reducidos á mendigar por las calles!

Saccard reanudó su violento paseo, y, con un gesto de indiferencia, lanzó esta exclamación:

—¿Acaso la vida se inquieta de todo eso? Cada paso que se da, aplasta millares de existencias.

Hubo un instante de silencio, y Carolina lo seguía en sus paseos, con el corazón invadido

de frío. ¿Era un tunante, era un héroe? Y se estremecía, preguntándose qué pensamientos de

gran capitán vencido, reducido á la impotencia, podían rodar por aquel cerebro en los seis meses

que llevaba encerrado en aquella celda; y sólo entonces echó una ojeada alrededor suyo: cuatro

paredes desnudas, una pequeña cama de hierro, una mesa de madera blanca, dos sillas de paja.

¡El que había vivido en medio de un lujo prodigado, escandaloso!

De pronto volvió él á sentarse, sintiendo como si se le rompieran las piernas de cansancio. Y habló largamente, á media voz, en una especie de confesión involuntaria.

—Gundermann tenía razón, decididamente; la fiebre no conduce á nada en la Bolsa,...

¡Ah, el miserable es dichoso con no tener ni sangre, ni nervios, con no poder dormir con una mujer, ni

beber una botella de Borgoña! Creo, por lo demás, que siempre ha sido como ahora, sus venas

no llevan más que hielo.... Es evidente que yo soy muy apasionado. La razón de mi derrota

no está en otra cosa; por esto me he roto el alma tantas veces. Y hay que añadir, que si mi apasionamiento es lo que me mata, también es mi apasionamiento lo que me hace vivir. Sí, me arrebató, me engrandece, me sube muy arriba y luego me abate, destruyendo de un golpe toda su obra. Gozar no es, acaso, más que devorarse.... Ciertamente, cuando pienso en estos cuatro años de lucha, veo bien que todo lo que me ha hecho traición, es todo lo que he deseado, todo lo que he poseído.... Esto debe ser incurable. Soy cosa perdida.

Y un arranque de cólera lo sublevó contra su vencedor.

—¡Ah, ese Gundermann, ese cochino judío, que triunfa porque no tiene deseos!... La judería está bien personificada en ese obstinado y frío conquistador, en marcha hacia el soberano imperio del mundo, por en medio de pueblos comprados uno á uno por la omnipotencia del oro. Hace ya siglos que la raza nos invade y triunfa, á pesar de los puntapiés en el trasero y de los escupitajos. Él ya tiene un millar de millones, y tendrá dos, tendrá diez, tendrá ciento, y será un día el amo de la tierra... Hace ya muchos años que ando gritando esto y nadie quiere escucharme, por creer que es un simple despecho de bolsista, cuando es el grito mismo de mi sangre. ¡Sí, el odio al judío lo tengo en la piel, ¡oh! y de muy lejos, en las raíces mismas de mi ser!

—¡Cosa singular!—murmuró tranquilamente

Carolina, con su vasto saber, su tolerancia universal.—Para mí, los judíos son hombres como los demás. Si están aparte, es porque se les ha puesto.

Saccard, que ni siquiera había escuchado, continuaba con más violencia.

—Y lo que me irrita, es que veo á los gobiernos cómplices, á los piés de esos bandidos. ¡Hasta el emperador está vendido por completo á Gundermann! ¡Como si fuera imposible reinar sin el dinero de Gundermann! Verdaderamente, Rougon, el gran hombre de mi hermano, se ha portado conmigo de una manera bien sucia; porque, no os lo había dicho, yo he sido bastante cobarde para buscar una reconciliación, antes de la catástrofe, y si estoy aquí es porque él ha querido. No importa, puesto que le estorbo, que se desembarace de mí. A pesar de todo, no le guardaré rencor más que por su alianza con esos cochinos judíos... ¿Habéis pensado en esto? ¡El Universal ahogado para que Gundermann continúe su comercio! ¡Todo banco católico, demasiado poderoso, aplastado, como un peligro social, para asegurar el triunfo definitivo de la judería, que nos devorará, y bien pronto!... ¡Ah, que lleve cuidado Rougon! Él también será devorado, él el primero, barrido de ese poder á que se agarra con todas sus fuerzas, por el que reniega de todo... Es muy hábil su juego de balancín, las prendas dadas un día á los liberales, otro día á los autoritarios; pero, en ese juego, se acaba fatalmente por